

ABC  
28- octubre - 1981

## El poder, concentrado en una «superejecutiva» felipista

MADRID. Desde la tribuna del XXIX Congreso, Felipe González ha dirigido el más duro ataque contra el Gobierno de Calvo-Sotelo desde que este se constituyó tras la dimisión de Adolfo Suárez. La intervención del reelegido secretario general del PSOE en la ceremonia de clausura parece reveladora de una actitud mucho más firme y agresiva del partido de la oposición para con el partido en el poder después del 23 de febrero. Su discurso es también inseparable del contexto de revuelo político producido tras la dimisión de Fernando Castedo al frente de RTVE a instancias del Gobierno. Y también, y quizá como forma de superación, del clima de atonía y tono de general moderación que han presidido los debates del Congreso de los socialistas.

En la ceremonia de clausura, y en su primer discurso tras su reelección como secretario general, el líder socialista señaló que «estamos asistiendo a la recuperación del poder de los franquistas, sin pasar por las urnas, por la puerta falsa de un partido débil, de un Gobierno débil que no cree en las reformas que propuso». Felipe González alertó a los delegados del Congreso, señalando que «vienen de nuevo las fuerzas del pasado a frenar, a cambiar y a hacer retroceder, en lo poco que hemos avanzado, a la sociedad española». Entre el clamor de los congresistas, que no le habían negado ni uno solo de sus votos para la elección, recordó el apoyo que el partido había prestado para facilitar al Gobierno su labor en la superación de los problemas más graves, para preguntarse a continuación cómo podía haber llegado a ser tan

débil. «¿Cómo un Gobierno que tiene resuelto en gran medida el grave problema de las relaciones industriales con el ANE, con una patronal que en cierto modo ha despejado las mayores incógnitas para invertir cómo un Gobierno que tiene importantes acuerdos autonómicos, cómo es posible que con eso, más el apoyo generalizado contra el terrorismo y el golpismo, sea un Gobierno tan débil que no es siquiera capaz de soportar el funcionamiento democrático y pluralista de los medios de comunicación social?» Su conclusión no pudo ser más apropiada para el ambiente emotivo del final del Congreso y para las múltiples alegaciones que en estos días se han hecho a una situación claramente preelectoral. «Este Gobierno ha engañado con su mensaje al pueblo. Lo ha hecho por dos veces, pero ya por última vez.»

### SOLO SEIS CAMBIOS EN LA NUEVA EJECUTIVA

Felipe González consiguió el 100 por 100 de los votos emitidos en el XXIX Congreso del PSOE para elegir la nueva Comisión Ejecutiva Federal, que seguirá presidiendo Ramón Rubial.

Un total de seis miembros de la anterior Ejecutiva no figuran en la composición de la elegida ahora. Se trata de Juan Antonio Barragán, que ocupaba el cargo de secretario de Relaciones con las Juventudes; Ignacio Sotelo, secretario de Cultura, y Carlos Cigarrán, Gregorio Peces-Barba, José Federico de Carvajal y Donato Fuejo, que eran vocales. Por el contrario, son altas en la nueva Ejecutiva Manuel Chaves —dirigente de UGT—, Salvador Clotas, Salvador Fernández, Joan Lerma, Carmen Mestre —vicepresidenta de la Internacional Socialista de Mujeres—, Joan Prats y Javier Sáenz Cosculluela.

Junto a Rubial y González, la nueva Ejecutiva del PSOE queda integrada de la forma siguiente: Alfonso Guerra, vicesecretario general (obtuvo el 99,49 de los votos); Carmen García Bloise (68,17 por 100), secretaria de Coordinación del área orgánica; Emilio Aloriso (88,54), secretario de Administración y Finanzas; Ciriaco de Vicente (90,87), secretario del área social; José María Maravall (86,26), secretario del área cultural; y Guillermo Galeote (89,73), secretario de coordinación de imagen.

Como secretarios ejecutivos han sido elegidos —además de los mencionados anteriormente— José María Benegas, Pedro Bofill, Luis Fajardo, María Izquierdo, Francisco

## Clausura del XXIX Congreso del PSOE

(Viene de la página 9)

López Real, Enrique Múgica, José María Obiols, Javier Solana y José Angel Villa.

Por otra parte, Rafael Escuredo, presentado en una segunda candidatura para la Comisión Ejecutiva Federal avalada por la delegación de Huelva, no consiguió los votos suficientes.

### TODOPODEROSO GUERRA

Un presidente —más bien honorífico—, un secretario general, un vicesecretario general y seis secretarios responsables de las áreas fundamentales constituirán en el futuro el meollo, la superestructura de la Comisión Ejecutiva del PSOE. Flanqueándolos, un total de dieciséis secretarios ejecutivos, sin cargo, sin oficio, por el momento. O dicho en términos mucho más crudos, dieciséis ejecutivos descafeinados (o desnaturalizados, según un lenguaje más actual), aunque en la teoría sus votos sean tan válidos como los otros a la hora de tomar las decisiones. Pero, además, se ha dado entrada a una nueva figura que viene a reforzar el mecanismo de concentración del poder: aunque de manera un tanto imprecisa, los nuevos Estatutos recogen la posibilidad de que la Comisión Ejecutiva funcione también como Comisión Permanente. Y los ingredientes básicos de esta permanente serán el secretario general, el vicesecretario y los seis notables.

Se deja abierta la puerta para que puedan participar el resto de los secretarios, pero una Comisión Permanente requiere condensación para ser operativa, de modo que no es probable que en la práctica tenga muchas oportunidades.

En el más superficial análisis de la nueva configuración de la Ejecutiva ya salta a la vista la irresistible y definitiva ascensión del vicesecretario general, o por decirlo de una manera mucho más llana y precisa, del polémico Alfonso Guerra, que se constituye como un auténtico factótum del partido. Entre otras muchas competencias, tendrá la de «coordinar la política constitucional». Lo que convenientemente traducido parece querer decir que supervisará y encarrilará la labor de cargos municipales, parlamentarios y autonómicos del partido.

### EJECUTIVA HOMOGENEIZADA

Pero el PSOE ha sido, y todo indica que va a seguir siéndolo, pese a estas nuevas y coyunturales directrices, un partido de masas. Y el riesgo nada banal que corre Felipe González y Alfonso Guerra es que el día menos pensado las masas se rebelen y se produzca el cataclismo. Y, antes de nada, su propio cataclismo. El secretario general elegido ahora por todos, absolutamente todos los votos, prevenía a los delegados contra los peligros de «oligarquización» del poder en el seno del partido. Luego aclaró que apuntaba a una eventual presión de las estructuras de poder en los partidos de las nacionalidades y regiones. Pero la sentencia bien se la puede aplicar a sí mismo y a quienes consciente o inconscientemente están haciendo aparato del PSOE una camarilla de notables perfectamente homogeneizados.

El cada día más irremediable riesgo de desenganche entre las gentes de a pie que transitan el partido y el estilizado aparato fue puesto de relieve por un prestigioso personaje socialdemócrata en el debate que se desarrolló, un poco a trasmano, en plena madrugada del sábado. El diputado Luis Solana clamó en el desierto para que no se consumara la concentración de poder. Algún mali-

cioso puede pensar que lo hacía más que nada por tratarse de una «concentración» de la que está ausente. En todo caso, razón no

le faltaba, aunque la mayoría, con otros argumentos no menos razonables, decidiera no dársela. Otro dirigente no menos prestigioso, el catalán Martín Toval, echó también su cuarto a espadas en la discusión, y esta vez con relativo éxito. Se le aceptó una enmienda según la cual al menos el Reglamento interno de la Ejecutiva ha de ser aprobado por el Comité federal del partido.

Por lo demás, la nueva Ejecutiva es claramente continuista. Han salido seis hombres, todos a petición propia, o casi. Otros han bajado de cotización: Solana y Múgica, por ejemplo. Y han entrado dos catalanes, Clotas y Prat. Ya son tres con Obiols —y éste es uno de los datos más significativos del nuevo equipo, que da cuenta de la verdadera fuerza del PSC-PSOE y de la necesidad ineludible de ir dando paso en la CE a hombres de los «partidos de nacionalidad». Claro que, quizá por eso, también lo intentó Escuredo. Y obtuvo un rotundo fracaso.